

“Y el quinto Angel tocó la trompeta... y le fué dada la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo... y subió humo... y del humo del pozo salieron langostas á la tierra, y se les dió poder como el que tienen los escorpiones. Y se les mandó que no hiciesen daño á la yerba de la tierra, ni á cosa alguna del campo, ni á los árboles, sino solamente á los hombres que no tuviesen la señal de Dios en la frente. Y se les previno que no matasen á estos hombres sino que los atormentasen por el espacio de cinco meses, y que el tormento que les dieran fuera como el tormento que causan los escorpiones cuando dañan á un hombre. Y los hombres buscarán entónces á la muerte y no la hallarán; desearán morir y la muerte huirá de ellos... La figura de las langostas era parecida á la de los caballos preparándose á la batalla; y sobre sus cabezas tenían como coronas semejantes al oro, y sus caras tenían el aspecto como la de los hombres. Y tenían cabellos como los de una mujer, y sus dientes como los dientes de los leones. Y vestían lorigas como las de hierro; y el estruendo que formaban sus alas era como el estruendo de carros de muchos caballos que corren al combate. Y tenían colas semejantes á la del escorpion, con agujones y poder para dañar á los hombres cinco meses, y, por último, tenían sobre sí por Rey un Angel del abismo llamado en hebreo *Abaddon*, en griego *Apollyon*, y en latin *Exterminans*.”¹

Bossuet² nos hace ver de una manera admirable en estos misteriosos animales una espantosa imágen de los herejes que no cesan de asolar á la Santa Iglesia.

“El primer carácter de los herejes es el de no tener la sucesión apostólica, y la de *estar ellos mismos separados entre sí*.”³ Este carácter no podía marcarse mejor ni de un modo más expreso, sino por medio de estos insectos cuya generacion es tan poco conocida, que generalmente creamos que se forman de la corrupcion. Esto es verdad hasta cierto punto, porque la corrupcion del aire ó de la tierra los hace aparecer, lo mismo que la corrupcion del espíritu ó de las costumbres, hace que nazcan las herejías.” Además, las langostas representan muy al vivo el genio de los herejes que nunca son capaces ni de elevarse volando como los pájaros, ni de adelantar andando sobre la tierra con pasos arreglados como lo hacen los animales terrestres, sino que andan siempre como saltando de una cuestion á otra, queriendo arruinar el campo de la Iglesia.

“La Langosta—dice Salomon—no tiene rey, y sin embargo, sale bien ordenada en escuadrones.”⁴ Esto quiere decir que no tiene un gobierno arreglado, sino que cada una innova las cosas á su modo para que todo se haga por completo. Hé aquí otro carácter de la herejía, bien expresado por Tertuliano.⁵

¹ Apocal. IX, 1-11.

² Explicat. Apocal. cap. XI.

³ Jud. XIX.

⁴ Prov. XXX, 27.

⁵ Præscript. cap. 41-42.

Las langostas no son animales que viven mucho tiempo, apenas llegan á la mitad del año, sino que duran cuatro ó cinco meses, como se dice de las langostas; así, en sentido místico, se dice también de las herejías que no acaban el año, es decir, que no tienen una vida perfecta ni un tiempo determinado como la Iglesia. Las herejías perecen; volverán á nacer, pero volverán á morir.

Teodoto hizo revivir las herejías de Cerintho; mas Teodoto hubiera quedado en el olvido sin el apoyo de Artemon. Así ha sucedido con las herejías, las que vemos disiparse y acabar por sí mismas, segun la sentencia de San Pablo que dice: “Nunca irán adelante, porque se hará manifiesta á todos su necedad.”¹

“Les fué dado un poder como el de los escorpiones de la tierra.”² Hé aquí otro de los caracteres de la herejía; dañar con un veneno secreto, como nos lo hará comprender mejor la serie de los textos que se van exponiendo.

“Y se les prohibió dañar las yerbas y todo lo verde, lo mismo que á los árboles; y solamente se les mandó atormentar á los hombres que no tuvieran la señal de Dios.”³

Considerad aquí con atención cómo el Evangelista San Juan aleja desde luego la idea de la guerra y de la destruccion de las cosas temporales, á fin de que tomada de una vez la del contagio y de la ruina espiritual, volviésemos todos nuestros pensamientos hácia este lado. Porque estas langostas, dice el Santo Evangelista, son de una especie particular; éstas no destruyen la yerba, ni la campiña, ni las mieses, sino que puramente dañan á los hombres, y de éstos únicamente, á los que llevan la señal de Dios y que no son del número de los elegidos, atormentándolos, no por medio de la violencia, sino con el veneno que traen consigo; no atacando á la vida humana ni á los bienes temporales, sino introduciendo su veneno directamente allí donde reside la señal de Dios, es decir, el alma; pues se parecían en un todo á los escorpiones que en la cola llevan el veneno.

Los herejes tienen un bello aspecto, y al principio parece que no hacen mal alguno; mas su veneno está en la cola, es decir, el daño viene después.

“Y les fué prohibido (á las langostas), matar á los hombres.”

A pesar de que todos los herejes se rebelan contra Dios, no pueden menos que estar sujetos á sus divinas determinaciones. Dios, que permite el que ellos se levanten, hace y ordena lo que es de su voluntad, y permite el daño que causan los herejes hasta donde quiere; por eso, como hace poco vimos, decía San Pablo: “*nunca van adelante*.”⁴

“Les fué dado atormentar á los hombres.”

El tormento que los herejes hacen sentir á los hombres, es el de sus envidias, sus odios secretos, un caimiento prodigioso por la extincion de la

¹ Timot. III, 9.

² Apocal. IX, 3.

³ Timot. III, 9.

caridad, remordimientos en la conciencia que reviven de tiempo en tiempo a pesar de los adormecimientos que les ocasiona el orgullo, y sobre todo esto, ese mismo orgullo siempre insaciable, es lo que les causa un verdadero suplicio, obrando los herejes en todo lo mismo que los demonios, cuando éstos seducen a las almas.

"Semejantes a los caballos preparados al combate."

Estas expresiones indican el espíritu de disputa en los herejes, y el obstinado enojo con que pelean queriendo sostener sus opiniones.

"Sobre sus cabezas habia como coronas que parecian de oro."

Esto quiere decir: un oro falso, ó una vana imitacion de la verdad.

"Y sus rostros tenian el aspecto de la cara del hombre; y sus cabellos como los de la mujer."

Ved en estas palabras la apariencia engañosa de las herejías, de las que sin embargo, y despues de todo, el aspecto es de un hombre y sus enseñanzas todas humanas.

Esos cabellos de mujer significan una especie de debilidad de ánimo que siempre se advierte en los herejes, pues muy pocos han tenido resolucion y valor para sufrir el martirio. . . . Tambien se puede entender aquí la mollicie y la relajacion de la disciplina, carácter que Tertuliano ha distinguido en las herejías, atribuyéndoles precisamente la postracion ó ruina de la disciplina: *"prostrationem disciplinae."*¹

"Sus dientes eran como los dientes del Leon." Por las fuerzas que ellos tienen para destruirlo todo, y tambien porque desgarran y hacen pedazos con sus calumnias á la Iglesia y los fieles.

"Sus corazas, como corazas de hierro."

Si San Pablo, en un discurso dogmático da al cristiano sus armas, una coraza de justicia, un escudo, un casco y una espada,² muy bien podemos consignar aquí á los herejes una coraza como de fierro, para significar esa impenetrable dureza que los caracteriza, resistiendo á las enseñanzas de la Iglesia y su obstinacion respecto de sus errores.

"Y el ruido de sus alas, era como el de muchos carros."

Esto simboliza sus acaloradas disputas y la reputacion que ellos mismos se dan. Tienen alas, mas no para elevarse; porque aun cuando ellos lo intentan, lo hacen á la manera de las langostas para pasar de uno á otro lugar, sin profundizar nunca é ir con más prontitud destrozando la tierra.

"Tenian por rey el Angel del abismo."

Porque aunque las herejías vayan sin orden, y ellas hagan poco caso de sus autores á quienes ordinariamente desconocen de hecho, todas van dominadas por el Angel del abismo que las conduce secretamente, y este Angel se llama el *Exterminador*; es decir, aquel que mata, que destruye; aquel que es llamado por el Hijo de Dios; *"homicida desde el principio."*³ porque su seduccion hizo morir á nuestros primeros padres; de manera,

¹ Text. de Præscript. 41-43.

² Ephe. VI, 14-16.

³ S. Joan. VIII, 44.

que por la seduccion es por lo que más principalmente se le llama *Exterminador*, así tambien porque encona y envenena lo que pertenece á la herejía. Y este nombre de *Exterminador* se le da en este lugar, para demostrar que lo que se dijo á las langostas que él mismo condujo al combate: *"que no dieran muerte á los hombres,"* debe entenderse de la vida del cuerpo, porque ellas causan la muerte de las almas.

III

¡Ay de mí! las langostas del Apocalipsis siguen todavía haciendo sus destrozos entre nosotros. ¿Pues qué, no serán ellas el emblema de los errores y de las sectas que actualmente afligen á la Iglesia Santa de Jesucristo?

Para probar esta verdad, tomemos de un expositor moderno¹ cuyo nombre ilustre y venerable nos recuerda los gloriosos trabajos que ha emprendido en favor y defensa de la Iglesia, la bellissima pintura que nos hace en su carta pastoral, excitando la caridad de los fieles de su Diócesis en favor de la Algeria devorada por una invasion de langostas.

"Esas langostas—nos dice—son la imagen de esos periódicos ateos, de esas revistas escépticas, de esas novelas impías, revolucionarias y corruptoras que tanto abundan en nuestra época. Esas langostas son las mismas de que nos habla el Apocalipsis salidas de aquel humo densísimo del abismo, que obscurece todos los grandes principios, todas las verdades eternas, todas las sanas ideas y todas las creencias puras que existen en las conciencias y en el espíritu de nuestro siglo. *"Tienen el aspecto del hombre,"* porque los autores de estos libelos son hombres que no pueden producir mas que opiniones humanas. *"Aparecen con cabellos como de mujer,"* puesto que para seducir á los pueblos dan á su literatura todos aquellos atractivos engañosos de que se vale la más desvergonzada metríz. *"Su cabeza está ceñida de una corona que parece de oro,"* puesto que por muy poco tiempo se les concede el imperio sobre el mundo. *"Se parecen al mismo tiempo á los corceles preparados al combate,"* porque incessantemente están dirigiendo sus asaltos á la Iglesia para anonadarla, á las almas para corromperlas, y á la sociedad entera para entregarla y abandonarla á las más horrendas tempestades. *"Sus dientes, como los dientes de los leones,"* porque no cesan de morder y devorar, como si fuera su presa, todo lo que hay de más augusto y de más santo sobre la tierra. Y ¿pensais que será fácil aterrarlas y libertarse de ellas cuando tienen sus escudos como corazas de fierro para defenderse y pelear contra vosotros? Tanto crédito así tienen, y lo peor es, que aun en este mundo social cuya ruina tratan de llevar á cabo, tienen innumerables defensores. Si pretendéis denunciarlos ante la opinion pública, sabrán apagar vuestra voz; porque se han apropiado enteramente de la publicidad, y

¹ El Illmo. Sr. Plantier, Obispo de Nimes.

“con un ruido inmenso parecido al que forman muchos carros tirados por caballos,” se lanzan siempre á la batalla.”

“Cuanto hay en ellas de las bestias salvajes, tanto tambien se les encuentra del veneno de los escorpiones.”

“Tienen tanta hipocresía y tanta astucia, como la violencia é intrepidez que muestran algunas ocasiones. Si no pueden destruir con las heridas que abren, tratan de emponzoñarlas con su secreto y sutil veneno, y por medio de sus colas, es decir, por las malas consecuencias de sus perversas doctrinas, y el pésimo fruto de sus obras, pican en la sombra, clavándonos entonces el venenoso dardo del Escorpion.”

Armadas con todas esas fuerzas, ¿entran acaso en la lucha sin orden, sin disciplina y sin union? No, ciertamente.

Las langostas no tienen rey—ha dicho Salomon—y sin embargo, entran á pelear en escuadrones.¹

“Estas palabras que son ciertas, hablando de las langostas del Éxodo, lo son tambien en otro sentido respecto á las langostas humanas de que habla el Apocalipsis. Estas reconocen un rey por cuya autoridad se gobiernan, cuya voz las precipita ó las detiene á pesar suyo; y este rey es el Angel del abismo, es el Exterminador, es el génio maléfico de la revolución.”

“Las langostas—nos dice—son la imagen de esos periódicos ácidos, esas revistas escépticas, de esas novelas impías, revolucionarias y corruptas que tanto abundan en nuestra época. Las langostas son las mismas de que nos habla el Apocalipsis, salidas de aquel humo densísimo del abismo, que opacarece todos los grandes principios, todas las verdades.”

IV

Apartemos ahora la vista de tan lúgubres cuadros, y consideremos á la pequeña Langosta saltando en la pradera.

Se apoya sobre sus largas piernas sirviéndose de ellas como de una palanca para dar brincos sobre la tierra, y despues agita sus alas de gasa que se estremecen al soplo del viento. ¡Ay de mí! ni el arrojito que ella sabe tomar, ni el sofrenado vuelo que ella ensaya, la pueden sostener largo tiempo en los aires, y bien pronto vuelve á caer sobre la yerba.

San Gregorio² ve aquí un símbolo del pueblo judío, que tan presto se mostraba fiel á los divinos preceptos, como se rebelaba contra ellos, pareciendo que iba por saltos y por brincos ocupándose del servicio de Dios. Escuchad si nó la voz de este pueblo que brincaba lo mismo que la Langosta: “Nosotros ejecutaremos fielmente todas las palabras que el Señor nos ha dicho;”³ y en seguida, véamos cómo de repente cae en tierra miserablemente: “¡Pluguiera á Dios que estuviéramos mejor allá en el Egipto que no en esta vasta soledad! Más valdria que hubiésemos muerto y no que nos hubiera conducido á esta tierra.”⁴ Pueblo infeliz y miserable que se levantaba volando en sus discursos y caía rodando en sus obras.

¹ Prov. XXX, 27.

² S. Greg. Moral. I, XXX.—In cap. XXXIX, Job.

³ Exod. XIV, 3.

⁴ Núm. XIV, 2.

¡Oh Dios mio! ¿y no soy yo con demasiada frecuencia semejante en todo á la Langosta, yo que hablo y que no obro, yo que apenas me levanto cuando vuelvo á caer?

Si el fervor enardece mi espíritu; si siento que mis pequeñas alas me estremecen al soplo divino del Espíritu Santo, como las de la Langosta en el ardor del Estío, entónces emprendo mi vuelo y exclamo: “¡Señor, Señor!”¹ mas al instante mismo en que tengo que cumplir vuestra soberana voluntad, acaba mi vuelo y luego me rindo para volver á caer en tierra.

V

La Langosta que se vale diariamente de sus piernas y de sus alas para elevarse sobre la tierra, trae á la memoria del mismo San Gregorio² aquel doble esfuerzo del alma cristiana, que, para elevarse á la perfeccion, debe emplear sucesivamente así las obras de la vida activa, como el vuelo de la vida contemplativa. Mas ¡ay de mí! ese vuelo no ha de durar mucho tiempo, porque desde las alturas de la contemplacion debe bajar el cristiano apresuradamente á desempeñar los deberes de cada día. “Así—agrega el mismo Santo Doctor—han pasado los más grandes dias de su vida, subiéndolo y bajándolo como las Langostas, siempre aspirando á elevarse en las alas de la contemplacion y siempre teniendo que volver á caer agobiadas bajo el pesado fardo de la naturaleza corrompida.”

VI

Si la Langosta puede, como acabamos de oír á San Gregorio, servir de ejemplo á las almas cristianas, convengamos tambien que cuando la vemos andar dando de vueltas en el aire de acá para allá, tocando con sus ligeros brincos todas las yerbas del campo, cantando, saltando y jugueteando á toda hora del día, ociosa, llena de frescura, sin darse á la pena ni trabajar como la Hormiga, ni extraer la miel de las flores como las abejas, convengamos, repito, en que ella es más bien el emblema de esa juventud frívola, abandonada á todos los goces y pasatiempos del mundo. Para ella no hay trabajo, ni deberes, ni cuidados; jamás se ocupa de un pensamiento serio ni de un estudio provechoso. ¡Oh! pasando así la juventud los dias de la vida, ¡qué de peligros no encontrará para las almas! Y así como la Langosta devora los restos que deja la Oruga, así tambien, siguiendo el pensamiento de San Gregorio, la disipacion del espíritu y el amor á los placeres vienen á terminar la obra de destruccion que comenzó poco á poco por una pasion que al principio no se quiso reprimir.

¹ Mat. XII, 21.

² Greg. Moral. I, XXXI, in cap. XXXIX, Job.

³ Hieron comm. in Joel., c. 1.

Mas la juventud pasa presto, la vida corre y la muerte se acerca. Entónces llega la hora, como dice Salomon, en que el almendro se emblanquece y la Langosta engrasa.¹ Esta es la hora en que los cabellos blancos se amontonan sobre nuestra frente, y en que los miembros, obesos por la edad, apenas pueden moverse. . . . ¡ Oh! ¡ entónces todo es para nosotros vanidad de vanidades y todo vanidad, como nos lo asegura el mismo Salomon! ¡ Oh! ¡ y cómo se comprende entónces la verdad suma de esta palabra: "Temer á Dios y observar sus mandamientos, esto es todo el hombre!"²

¡ Dios mio! ¡ jamás se medita suficientemente esta máxima! No; no esperaré á que se emblanquezca el almendro, ni dejaré transcurrir libremente los días mejores de mi vida entregándome á los vanos é inútiles divertimientos de la Langosta. Vuestro santo temor y la observancia fiel y exacta de vuestra divina ley, serán los goces de mi juventud y la regla invariable de toda mi vida.

Como el Eclesiastés era sapientísimo, escribió para la enseñanza é instrucción de los pueblos grandes lecciones y utilísimos discursos. Mas como hablaba sobre todo en parábolas, empleaba voluntariamente las cosas de la naturaleza para explicar á los hombres los misterios de Dios. Él habia tratado de todos los árboles, desde el cedro del Líbano, hasta del hisopo que brota en las grietas de la muralla; así como de todos los animales, de los pájaros, de los reptiles y de los peces. Además, habia compuesto cinco mil parábolas. Mas al terminar ese bellissimo libro, que la Iglesia Santa llama por excelencia el Eclesiastés, ese gran sabio resume toda su ciencia, sus estudios y sus obras con estas palabras que acabamos de citar: "Temed á Dios y guardad su ley, porque esto es todo el hombre. Dios juzgará todas nuestras acciones, así como el bien y el mal que hubiéremos hecho."³

¡ Oh Dios mio! yo he querido probar por mí mismo los secretos abismos de vuestra divina sabiduría. "He estudiado á los Profetas; he guardado en mi corazón las acciones de los hombres célebres, y como ellos, también he pretendido entrar en los misterios de las parábolas."³ He contemplado á mi rededor el cielo, la tierra, el Océano, las plantas y los animales, y cada objeto creado me ha parecido un símbolo que elevaba mi corazón hácia Vos.

¹ Eccl. XII, 5.

² Eccl. XII, 13-14.

³ Eccl. XII, 11.

Arrobado en tan hermosas contemplaciones, he escrito estas páginas. . . . Almas piadosas que llegareis á leerlas, tened cuidado de repetir conmigo: "¡ Elevad vuestros corazones. *Sursum corda*. . . .!" Mas nada conseguiremos con solo esto, si no procuramos que nuestra vida llegue á ser mejor y más santa. La última palabra del sagrado libro del Eclesiastés, será también la última de mi libro; esta palabra es la clave de todas las parábolas y el secreto que revelan mis símbolos: "Temed á Dios y observad su ley, porque esto es todo el hombre."

¡ Temed á Dios! tratemos de adquirir ese temor filial, que es, á la vez, el principio de la sabiduría y el principio del amor á Dios. "*Initium sapientiae, timor Domini*."¹ "*Timor Dei, initium dilectionis*."² Feliz el hombre que así teme á Dios; éste no temerá su juicio, porque ha observado los preceptos de la ley, y su justicia permanecerá por los siglos de los siglos. "*Beatus vir qui timet Dominum justitia ejus manet in saeculum saeculi*."³

FIN DE LA OBRA.

¹ Ps. XC, 10.

² Eccl. XXV, 16.

³ Ps. CXI, 1.